

David Foronda

ANIMALARIO SECRETO
O EL LIBRO ROJO DE
LOS VIAJES



ANIMALARIO SECRETO
O EL LIBRO ROJO DE LOS VIAJES

David Foronda

ANIMALARIO SECRETO
O EL LIBRO ROJO DE LOS VIAJES



ARS  POETICA

David Foronda

ANIMALARIO SECRETO
O EL LIBRO ROJO DE LOS VIAJES

Prólogo de
RAFAEL PÉREZ CASTELLS

colección
| ARS NOVA |

ARS  POETICA
boutique de poesía

Animalario secreto o El Libro Rojo de los Viajes
David Foronda

Colección: ARS NOVA
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2018 David Foronda
© 2018 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: mayo, 2018

ISBN (edición impresa): 978-84-948593-5-9
ISBN (edición digital): 978-84-948593-6-6
Depósito Legal: AS 00173-2018

Impreso en España
Impreso por Quares

*Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

Para Julia

PRÓLOGO

La primera vez que me encontré con él tenía dieciséis años. Vino con unos colegas del instituto al «Libertad 8» a escuchar nuestra lectura. Nos veían como poetas consumados. Yo tenía treinta y nueve y, más bien, era un poeta balbuciente. En su cuerpo de chaval había unos ojos donde ya se reflejaba el horizonte. Y ese reflejo me descubrió al compañero de viaje.

Veintitrés años después, aquella impresión no ha hecho más que hacerse realidad. Foronda ha viajado, y viaja, por caminos que conozco y por otros muchos que despiertan mi imaginación: la ciencia, la geografía, la naturaleza, los humanos y sus creaciones, y siempre con la palabra como herramienta fotográfica de lo que perciben sus seis sentidos.

Foronda, mejor dicho, sus ojos y sus versos que es lo mismo, me recuerda al poeta sufí Ibn el Arabi. Como el gran maestro, David Foronda busca el conocimiento al estilo aristotélico, paseando. Los peripatéticos, además de una escuela

filosófica que adoptó ese mote, son portadores de un rasgo genético de los seres humanos. Podríamos clasificarnos entre sedentarios y peripatéticos y, si bien nada es blanco o negro y en todos nosotros se manifiestan ambas características de algún modo, hay muchas personas fundamentalmente peripatéticas o sedentarias. Los peripatéticos se encuentran en todas las actividades humanas, en la ciencia y las artes, en el viaje y el descubrimiento, en la filosofía y la religión. Son paseantes del mundo, del pensamiento y de la belleza, e intuyen que la única respuesta es el camino del conocimiento, paseando. Esto no significa que los sedentarios no busquen las mismas respuestas desde la inmovilidad. Ambos, peripatéticos y sedentarios, son el Yin y el Yan, los polos de un imán que atrae el conocimiento. Y ese camino es la única respuesta y de infinito recorrido o de infinita quietud.

Foronda es peripatético, se abisma en el panateísmo y la carnalidad y empatiza con el pulso de la naturaleza, haciéndonos sentir como siente un elefante o la boca que no se queda sin respuesta. Su verso, con el ritmo marcado por la contraposición de imágenes e ideas y apoyado por una acentuación fluctuante según la urgencia o la calma que al poeta le inspira el momento, ya no se encierra como en sus primeras obras, en que sus poemas eran una ecuación o una sura que se encierran en su universo, ahora, años después, el verso se abre. En su madurez de paseante, Foronda nos presenta la evidencia del suceder en un Universo cambiante e inabarcable, donde no hay héroes. Ulises, Marco Polo... hicieron su viaje porque hay que vivir.

La Naturaleza es su brújula. Su emocionante belleza encierra todas las verdades. Quizá en sus años en Asia, este sentimiento innato en el poeta, trascendió y se convirtió en el principal aprendizaje de su camino. Y a la Naturaleza interroga, aunque no entienda sus respuestas, como sucede con el *I Ching*. Y al igual que en *El Libro de las Mutaciones*, en la Naturaleza están los ocho trigramas, que representan los ocho puntos cardinales de la rosa de los vientos y también los ocho elementos en el mundo (cielo, tierra, trueno, agua, montaña, viento, fuego, lago) y que conforman los hexagramas que nos responden. Y así, *Animalario Secreto o el Libro Rojo de los Viajes* se divide en ocho capítulos, ocho trigramas que combinados darán una respuesta a cada lector, ocho caminos o transformaciones.

El amor es uno de los bastones de su caminar. Amor sexual y también amor hacia los otros como parte del todo que le rodea. A veces, su amor se embarga de tristeza al ver el sufrimiento de otro o presentir la pérdida. Él no es espectador de ese viaje, le maravilla lo que ve, pero no está exento de dolor: las guerras que, en «Fuego cruzado» le castigan, la nostalgia del pasado en «1900», donde rinde homenaje a los viajeros del siglo XIX, la certeza al fin de que «el mundo ya fue terrible, él tan solo lo está inventando».

Y el tiempo es el otro bastón. Un concepto einsteniano del tiempo, no aprendido de la ciencia —que también— sino sentido como realidad. Foronda ve el mundo como descubrimiento, invento ya inventado donde el pasado y el futuro, como el presente son pueblos en una llanura y no son

los únicos, hay otros tan reales a los que es posible llegar, y nos sorprende descubriendo al niño que era, encerrado en su habitación, imaginando los viajes, que el Foronda adulto viene ahora a contarle. El tiempo como una dimensión reversible igual que la distancia, con caminos paralelos, bifurcaciones y laberintos.

En el primer poema, ya nos avisa: el libro, su viaje, se nos muestra como una colección de láminas que reproducen los «pasados olvidados, los que no sucedieron y aguardan». Y sin que, ese vertiginoso tiempo que imagina, le lleve a la inacción, él se implica, sufre y ama y se alegra de los breves encuentros del camino.

En *Animalario Secreto o el Libro Rojo de los Viajes*, el autor nos dice que, a pesar de todos los razonamientos, el viaje merece la pena, el sueño es incompleto sin los detalles de la percepción directa, «toda esta vida que no reconozco aún/ porque no estaba en el sueño», y se maravilla del mundo hasta quedarse sin palabras.

La vida es efímera, «una corriente que unge de la ebriedad del abismo», y la vida es caída. Así es el proceso vital. Caída, muerte, «la primera vez siempre es así». Acaso Foronda nos habla de la reencarnación. Y el poeta se decanta por vivir, «nado a tu favor, y siempre y solamente» afirma, aunque sabe que «sin una herida mortal/el puente no existiría». La muerte da sentido a la existencia.

Foronda sufre, ya nos lo ha advertido, y en «Una noche es Dismaland» se desespera ante la miseria de los otros y la propia. «El nombre de Dios hecho animal está sangrando

por la boca» y solo en la empatía encuentra el escudo contra la barbarie. Una empatía que le hace salir a conocer a los otros, a los que son como él.

Pienso que en su libro, David Foronda nos descubre su siguiente destino, quizá el definitivo: África. Allí aún quedan los rastros de nuestro origen, del tiempo en el que los humanos hablábamos con el bosque, el río o despedíamos con respeto el último aliento del antílope cazado. Quizá, allí busque la esperanza, volver a la bifurcación en la que el ser humano eligió el camino que llega hasta nuestro presente y no eligió otro camino posible. Quizá Foronda quiera dejar de viajar por el espacio y comience el camino del tiempo.

Le encontraremos *por los caminos rojos*, decidido a seguir el viaje, pues «dudar es darle espacio a la muerte». Este libro «es una historia de amor» a la vida y a una forma especial de vivirla.

RAFAEL PÉREZ CASTELLS

«...cuando seáis viejos y os reunáis para sentaros junto al fuego, porque el sol no dé más calor, pensaréis en cómo luchamos codo con codo en aquella gran batalla que tú planeaste con tus sabias palabras, Macumazahn.»

HENRY R. HAGGARD

Hay una colección de láminas de ejercicios de dibujo; al pasar la vista por ellas las manchas precipitan y la tinta reproduce los pasajes olvidados,
los que no sucedieron y aguardan.

Hay un plano a mano alzada de la colina en que yacen las especies que ya no verán el sol; yo mismo enterré con mis manos los animales extintos allí donde ya fosilizan y sus huesos hablarán de los días en que fueron una máquina terrible;

en la misma fosa introduje sus cuerpos que aún respiraban y el arma que les dio caza.

Un tratado de enfermedades prohibidas que considera locura la distancia y el silencio, el vértigo al cruzar la fiebre, el temblor

cuando asoman las arañas en la herida que nos hicieron
las joyas de nuestra amante;

hubo un tiempo en que supe distinguir en los gritos de
las aves el miedo que las agita cuando termina el día; el grito
del amor tras la estación de las lluvias.

Una guía incompleta con idiomas del camino:

la cara de un niño señala proximidad de una fuente, po-
siblemente amor;

el halcón de cola roja nos invita a no olvidar que una vez
no existió el miedo;

la flor congelada es el signo de la traición inminente de
besar con la escarcha formada en los labios;

la noche estrellada es señal de que siempre queda tiempo
y el hueso del cuello del hurón simboliza expediciones, fue-
gos fatuos, fortalezas engarzadas en la selva, todos ellos bajo
el signo de la ruina;

un pozo en mitad del desierto

es la señal de la muerte;

la mano sin dedos apunta las rutas que aún no terminan
y el elefante dormido las que no caminarás.

Un devocionario que en la lengua de tus padres reza por
la ausencia prolongada de los cuerpos extraviados, es una

oración de búsqueda y captura, cada muesca en el árbol oscuro y en la piel sagrada del jabalí blanco:

por quien deshizo conmigo el plomo donde el límite azul de nuestra infancia revelaba la verdad de las esferas (sin saber que albergaba un mecanismo sin aguja de las horas);

por quien cruzó el bosque más ancho en el lapso de una noche;

por quien tomó mi mano en silencio cuando yo no tenía brazos, de quien guardo en el mismo frasco su imagen y el aire que respiraba.

Para ellos encalé en su margen los colores de la niebla como prueba de mi amor interminable.

Hay un álbum con los retratos de todas las mujeres que he amado; unas pocas viven todavía, la gran mayoría han muerto, algunas resucitan cuando leo estas palabras; todas están ciegas; sus ojos eran hermosos.

Hay un lienzo que nombra el mar, todavía, y pienso que es un mapa, pues cuenta con la misma imagen el futuro y la memoria.

Hay una carta astral no dibujada con notas a lápiz que supongo tuyas.

Esta es la tenue frontera entre la vida y su leyenda, una mesa con láminas, planos, fotografías, cartas abiertas guardadas durante años;

páginas que son a veces el presagio de una espada enterrada en la arena y a veces un cántico en las cumbres; un licor sin nombre y un amanecer que fue también un ave de metal. Las claves que buscabas, pero no todas, tampoco las que te salven.

La partitura del llanto en el poblado en llamas,
las orientaciones para hacer que el suicidio no parezca un sacrificio,
la descripción del cuchillo que empuñará el tirano cuando la sangre sea el espejo de las palabras.

GRAN SAFARI

EL FIN DE LA AVENTURA

Alcancé el corazón del bosque,
he sumergido los dedos en el lago
que nadie antes vio,

cruje la madera a nuestros pies en el barco que me lleva de
[regreso.

En una estampa, un hombre caza un león, en otra estampa
una mujer muere a manos de su mejor amigo.

Fotos de ultramar,
héroes mutilados,

largos muslos de una domadora de elefantes,
un retrato a contraluz.

Al entrar en casa mis padres
— aun antes de abrazarme —

me avisan con los ojos:
no deshagas la maleta,
quédate tan solo el tiempo
para tomar impulso,
para beber un trago y salir,
porque nunca se llegó a marchar.

Te espera en tu cuarto coleccionando cromos.

Cruzo mi propia vida
como el rayo cruza el cielo rojo
y, como el rayo,
no sé si esto ha sucedido
o este resplandor es de otro sueño.